

## Jean-Jacques Rousseau

En 1749 la Academia de Dijon, en Francia, planteó la siguiente pregunta de concurso: “¿Ha contribuido el restablecimiento de las ciencias y el arte a depurar las costumbres?”<sup>25</sup> Un joven conocedor de la música prácticamente ignoto participó del certamen, y en el escrito que compuso se esforzó por demostrar que con los conocimientos obtenidos y los utensilios inventados los seres humanos no sólo se han vuelto peores, sino que además son menos felices. Un tiempo después indagó, en otro discurso, las causas de la desigualdad entre los seres humanos y atacó las diferencias en el bienestar, el rango social y la educación en las que se basa la sociedad. Con esos dos discursos, que lo hicieron repentinamente famoso, el joven conocedor de la música puso las bases para una teoría que desplegaría más adelante en *Emilio*, en *La nueva Eloísa* y en el *Contrato social*. Podemos sintetizar esa teoría en pocas palabras: la naturaleza ha creado feliz al ser humano, la sociedad lo ha hecho infeliz. La naturaleza lo ha creado libre, la sociedad lo ha esclavizado. Para poder entender el significado de estas palabras en la época

---

<sup>25</sup> Esta es la traducción literal de la pregunta. En Auerbach dice aproximadamente: “¿El progreso de las ciencias y las artes ha hecho peor o mejor al ser humano?” [N. de la T. al alemán]

en que fueron dichas tenemos que conocer primero a aquellos que las escucharon, es decir, a la gente del siglo XVIII, y luego al hombre que se animó a pronunciarlas, Jean-Jacques Rousseau.

Desde hacía tres siglos los europeos se consideraban muy progresistas, y efectivamente habían conseguido progresar. Los descubrimientos e inventos habían ampliado su horizonte, enriquecido su vida. Habían abandonado el mundo estrecho en el que los había encerrado la civilización absolutamente religiosa de la Edad Media. La filosofía racionalista y el desarrollo de las ciencias naturales le habían dado a su existencia bases más sólidas, más positivas. El perfeccionamiento de la literatura y las artes le había conferido a su gusto una disposición más estética, más noble. Ningún pueblo había disfrutado tanto de esos beneficios como el francés. Favorecidos por las circunstancias políticas extraordinariamente ventajosas, habían barrido en el siglo XVII con los últimos restos de las instituciones que podían obstaculizar la evolución del nuevo mundo: el feudalismo y las guerras religiosas. Una monarquía perspicaz, poderosa y absoluta le había conferido bases sólidas a la nación, y Francia se había transformado en épocas de Luis XIV en el país más poderoso y rico de Europa. Al mismo tiempo, había alcanzado la cima de su superioridad cultural en Europa. Sus grandes poetas y escritores eran emulados en todas partes con gran admiración. El francés había pasado a ser directamente la lengua administrativa de la civilización europea.

Pero por otra parte, el final de la época de Luis XIV no fue tan esplendoroso como sus inicios. Las largas guerras habían debilitado las fuerzas de la monarquía; se habían producido complicaciones económicas y fiscales. Pero todas esas inquietudes no eran tan abrumadoras como para desestabilizar el orden social de Francia. La mala marcha de las cosas sólo había

despertado en el país una tendencia a la crítica y el deseo de reformas. Por supuesto que no en el pueblo, porque en aquella época el pueblo aún no estaba en condiciones de alzar la voz; el pueblo estaba sumido en la apatía por la presión económica y vivía en la ignorancia absoluta. Las ideas de crítica y de reforma surgieron en los estratos superiores, entre los ilustrados que habían comenzado a liberarse de la superstición del pasado, de las doctrinas religiosas y políticas, de la vieja visión de la historia y el mundo.

La primera mitad del siglo XVIII y hasta mediados de siglo, cuando Rousseau ingresó a la vida intelectual, fue la época dorada en la que nació la idea de la libertad. En esa época, que recuerda a una primavera plena de todas las alegrías y placeres imaginables, las ideas de libertad y progreso se difundían en ropajes elegantes en los salones, sin descender todavía al pueblo. Esas ideas se expresaban en aquel entonces con el fin de entretenerse, servían para construir delicados mundos de fantasía o para distinguir a un hombre en los salones. A nadie se le ocurría pensar en el carácter terrible que adoptarían esas ideas cuando cayeran un día en manos del pueblo.

Estas ideas que circulaban en el mundo elegante e ilustrado estaban inspiradas en la razón, o mejor dicho, en el sentido común. El sentido común se había extendido a todos los ámbitos y había sacado muchas conclusiones de las leyes físicas y otros descubrimientos de los grandes pensadores del siglo XVII. Se había llegado a la conclusión de que las doctrinas religiosas se basaban en ideas supersticiosas, incompatibles con la verdad científica, que las instituciones políticas existentes no tenían bases racionales y lógicas, sino que eran formas arbitrarias nacidas de las contingencias históricas, y que una pequeña minoría que estaba en condiciones de disfrutar plenamente de los placeres de

la vida sólo los preservaba y cultivaba en beneficio propio. Los cultores de estas convicciones estaban de acuerdo en líneas generales con la situación, porque también ellos, después de todo, pertenecían a esa pequeña minoría. Sus esfuerzos bienintencionados apuntaban a mejorar el orden. Deseaban que toda la sociedad participara de los beneficios de los que ellos disfrutaban. Y creían que el pueblo, una vez arrancado de la superstición, seguiría trabajando para ellos. Los movimientos intelectuales se oponían en especial a los dogmas religiosos. Los viajes de descubrimiento habían enseñado a los europeos que en el mundo había innumerables religiones y creencias; y el progreso de las ciencias había demostrado que todas ellas infringían la verdad en igual medida. Ellos no deseaban ver en el mundo distintos seres humanos, separados por supersticiones absurdas, ridículas, sino un solo humano, un único tipo verdadero y natural, que estuviera sometido exclusivamente a la razón. De allí en adelante la razón sería la guía de la humanidad; y la tradición, el pasado, la historia y en particular las supersticiones religiosas, sus grandes enemigos. Una vez que los seres humanos se liberaran de los delirios absurdos que los separaban en diferentes grupos y los llevaban a confrontar mutuamente, vivirían libres y felices, se amarían y entrarían en una nueva Edad de Oro.

Por otra parte, estas ideas basadas definitivamente en la razón y el progreso eran un poco secas. Puesto que eran expresadas por literatos que se pasaban la vida en los salones, estaban envueltas en un ropaje gracioso y elegante que obedecía a las convenciones y requisitos del mundo distinguido. El carácter superficial y no muy serio de estas ideas racionalistas que se cuidaban de las tendencias metafísicas de cualquier clase no conformaba a los corazones, no satisfacía a las almas sedientas de sentimientos vehementes y pasiones profundas. En esa

época, precisamente, aparece Rousseau. También él estuvo al comienzo entre los filósofos reformistas y contribuyó con ellos a la *Encyclopédie*, la obra más grande del siglo. Como todos ellos, y tal vez más que ellos, era enemigo de la superstición, de las instituciones políticas, de la tradición heredada, que obstaculizaban la prosperidad de la humanidad. Pero Rousseau tampoco creía en la razón y la ciencia. No estaba convencido de que los ilustrados que disfrutaban de los beneficios de la civilización fueran más perfectos o felices que los salvajes sin educación. Rousseau despreciaba el progreso, las ciencias, la vida social. Mientras que las ideas reformistas de otros filósofos se basaban en la razón, Rousseau partía simplemente de la naturaleza y el corazón. En consecuencia, no es de extrañar que su amistad con los demás filósofos no durara mucho tiempo. Ya por su origen Rousseau era un hombre muy distinto de ellos. Todos ellos eran franceses y católicos de nacimiento. Algunos eran aristócratas, otros eran burgueses acaudalados. Ocupaban posiciones favorables y disfrutaban del máximo nivel de vida de su época. Rousseau, en cambio, había nacido en Ginebra y protestante. Era hijo de un artesano de las capas inferiores. Puesto que [no] era más refinado que su padre en lo relativo al gusto y el estilo de vida, siempre aborreció la buena sociedad de París y jamás se sintió a gusto entre los filósofos y los grandes señores, a quienes superaba en genialidad.

La formación y la educación de Rousseau, nacido en Ginebra en 1712 en una familia protestante, se habían descuidado mucho. Rousseau perdió a su madre al nacer. De su padre, que vivió durante un tiempo en Galata, fue separado muy pronto. Las familias que se esforzaron por criarlo no sabían qué hacer con él. Rousseau era un niño con mucha fantasía, muy sensible. Lo que más le gustaba era dar paseos solo y leer en el campo.

No mostraba ninguna inclinación por dedicarse a las actividades ordenadas y sólidas que tarde o temprano resultarían de su posición social. Se replegaba ante los demás, vivía oculto y de vez en cuando también robaba.

A los dieciséis años, Rousseau se siente un día profundamente infeliz, se va de su casa y después de un tiempo de vagabundeo se dirige a Annecy, a la casa de una rica dama llamada Madame de Warens. Allí vivió durante trece años, hasta su época en París, bajo la protección de esta mujer. Ahora bien, Rousseau no se encuentra a su lado en forma ininterrumpida. Algunas veces se separa de ella para llevar una vida libre y buscar un trabajo. Prueba numerosos oficios: es criado, entra a un monasterio para hacerse sacerdote católico, trabaja como maestro de música, empleado de catastro, jardinero, preceptor, pasa un tiempo en Turín, Lyon, Lausana y Neuchâtel; pero en ninguna parte se entiende con la gente. A todos los observa con menosprecio; no puede habituarse a su moral y costumbres; y únicamente se siente bien cuando está solo en la naturaleza. No puede estabilizar su vida en ningún lado, vuelve muchas veces a Madame de Warens y allí completa su educación leyendo libros, como autodidacta.

En 1741 Rousseau se va a París en busca de algún trabajo relacionado con sus conocimientos de música, pero por su original personalidad y su atractiva fisonomía encuentra numerosos amigos y mecenas. Durante un tiempo trabaja como secretario, primero de un enviado en Venecia, más tarde de un rico recaudador de impuestos. Se pone en contacto con Fontenelle, Voltaire, Condillac y Diderot, participa de la *Encyclopédie*. En esos años se vincula con una mujer llamada Thérèse Levasseur. En opinión de casi todos sus contemporáneos, esta mujer con la que vivirá treinta y tres años, hasta su muerte, era absolutamente

indigna de él. Uno de los biógrafos la describe como una mujer inculta, tonta, envidiosa, intrigante, rezongona, pendenciera, belicosa, pedante, inaccesible y deshonesto. Además, estaba bajo la influencia de una familia de delincuentes. Lo cierto es que esta mujer intensificó la desconfianza de Rousseau hacia todo el mundo y tuvo una participación considerable en el hecho de que Rousseau enfermara de paranoia y creyera que todos eran sus enemigos. Vemos la mano de esta mujer en todas las intrigas que envenenaban la vida de Rousseau. Permítanme consignar como una amarga verdad el hecho de que algunos de los hombres más nobles, más honorables de la época se esforzaron por ganarse la confianza y la amistad de Rousseau, pero no lo lograron. Siempre se interpuso esta mujer, que no podía entender los pensamientos de su marido ni ninguna otra idea.

Es curioso que Rousseau haya elegido semejante compañera y que haya mantenido un vínculo ciego con ella. Pero más curioso aún es cómo trató a los hijos que tuvo con Thérèse. Entre 1747 y 1753 Rousseau tuvo cinco hijos. Jean-Jacques Rousseau, que enseñó a toda Europa cómo educar a los niños, que se esforzó por reformar la familia, este máximo representante del idealismo moral envió a cada uno de sus hijos al orfanato inmediatamente después de su nacimiento. Ni él ni sus biógrafos han podido proporcionar una disculpa comprensible para esta cruel conducta.

He dicho que Jean-Jacques Rousseau se hizo famoso con un discurso que publicó en 1749. A partir de ese momento todos lo considerarán un gran hombre. En los años siguientes escribe obras que llegan a toda Europa: *La nueva Eloísa*, la *Carta sobre los espectáculos*, el *Contrato social*, *Emilio*, las *Confesiones*, las *Ensoñaciones*... Los autores más famosos, los máximos aristócratas de Francia e Inglaterra luchan por la amistad de Rousseau,

desean ofrecerle las condiciones de vida que él ansía. ¡Vanos esfuerzos! Rousseau va de un castillo a otro y no se instala en ninguna parte. Pasa un tiempo en Suiza y en Inglaterra, vuelve a Francia, se enemista con todos los que quieren hacerle un bien. Se aísla de todo el mundo, cree que toda la humanidad lo acecha y se ha complotado para destruir su dignidad, su honor, su felicidad. Sólo encuentra un poco de tranquilidad en sus largos paseos, durante los cuales recoge hierbas y flores. En 1778, algunos meses después de Voltaire, el otro gran hombre de su época, Rousseau muere al cabo de una vida sumamente infeliz.

Ese es Jean-Jacques Rousseau, el apóstol de la naturaleza, de los sentimientos y de la virtud, el hombre que con sus teorías preparó la Revolución Francesa y que dominó toda la vida intelectual del siglo XIX, el pensador que aun hoy tiene una gran influencia sobre los nuevos revolucionarios colectivistas, mientras que las ideas democráticas parecen cada vez más conservadoras. Consideremos ahora las ideas de Rousseau. Hemos resumido esas ideas al comienzo de nuestra exposición: la naturaleza ha creado bueno al ser humano, la sociedad lo ha echado a perder; la naturaleza lo ha creado libre, la sociedad lo ha esclavizado; la naturaleza ha creado feliz al ser humano, la sociedad lo ha hecho infeliz. Es decir, la naturaleza es buena, la sociedad es mala. La naturaleza ha dado origen al humano como un ser bueno, libre y feliz, y el humano se ha vuelto malo y desdichado por el surgimiento y la evolución histórica de la sociedad, que Rousseau considera antinatural. Estas ideas contradecían la imagen que tenía el cristianismo de lo humano. El cristianismo consideraba que la naturaleza humana había sido arruinada por el pecado original de Adán, y en consecuencia era mala de raíz. Sin embargo, las ideas de Rousseau no eran totalmente nuevas. Antes de él muchos eruditos visionarios habían ideado una

Edad de Oro del estado de naturaleza, habían añorado tiempos calmos, dichosos, en los que los seres humanos únicamente satisfacían sus necesidades naturales, obtenían del suelo lo que desearan, en cantidad suficiente y sin esfuerzo. Lo nuevo en las ideas de Rousseau era, primero, la precisión que les confirió en una época embriagada de progreso y civilización; y después, una concepción de la naturaleza que le pertenecía. Esta concepción se difundió tanto después de Rousseau que a ustedes hoy no les resultará singular. Pero considerada en sí misma es de una singularidad extraordinaria. Según Rousseau, la naturaleza no es una fuerza externa al ser humano, difícil de comprender y de controlar, indiferente y a veces cruel, que es necesario dominar para sobrevivir, sino, por el contrario, una amiga del ser humano, una madre tierna y generosa. El ser humano, al que la naturaleza ha creado puro y feliz, seguirá siendo puro y feliz mientras viva conforme a ella. En la concepción de Rousseau, la naturaleza tiene un alma sensible, madura, próxima al humano. Es el alma del propio Rousseau. Pero el alma en sus momentos felices, en las horas de fantasía y retiro... Rousseau considera su propia existencia y la naturaleza como una sola cosa. Cuando dice que deberíamos obedecer a la naturaleza, se refiere a los instintos, a las tendencias siempre buenas, naturales del alma humana. La voluntad en nuestra naturaleza siempre nos lleva al bien. Nuestros instintos no nos engañan jamás. A esta idea, que hoy en día es más o menos un bien común, se aferra Rousseau con toda su fe. A pesar de las amargas experiencias de su vida, su fidelidad a esta idea es inquebrantable. Toda la culpa se la echa a la sociedad, a las instituciones que arruinan a las almas buenas, a la fría, insensible razón. Por eso el instinto de Rousseau es la autoridad suprema, el juez virtuoso, absolutamente insobornable. Al reducir la naturaleza a las tendencias del alma humana y

el alma humana a su propia alma, Rousseau hace de su alma el tribunal supremo absoluto del mundo.

Rousseau no pretendía, como creen algunos, retrotraer la nueva sociedad a su estado primitivo. No era tan ingenuo como para pretender algo así, y sabía perfectamente que eso era algo imposible. Lo que pretendía era reencontrar los sentimientos naturales en las nuevas circunstancias de vida y hacer del alma guiada por los sentimientos, es decir, del alma de Rousseau y sus semejantes, el juez absoluto de la vida. La voz de la naturaleza era a la vez la voz de su corazón. Al escuchar esa voz, Rousseau reformó la moral, la educación, la religión y la política.

Exactamente esa idea provocó, en efecto, una revolución. Por supuesto que ya antes de Rousseau los sentimientos humanos habían sido indominables, sobre todo en la lírica, y hasta cierto punto en las almas místicas. Pero nadie antes de Rousseau se había animado a aceptar todos los sentimientos, de cualquier tipo que fueran, y a hacer de ellos el amo absoluto de la vida humana en la educación y la política. Desde los filósofos griegos la razón fue concebida como el atributo fundamental del ser humano, y las fuerzas más ligadas al cuerpo, los sentimientos y las pasiones, fueron colocadas bajo su órbita. Es célebre una alegoría que usó Platón para describir el alma humana: la comparó con un carro alado. Los caballos uncidos al carro son los movimientos impulsivos del alma. Pero el auriga es la razón. Uno de los nuevos críticos, que no tiene particular estima por Rousseau, manifiesta:

Rousseau es el primer hombre que les da a los caballos el derecho de conducir al auriga, y obliga al auriga a obedecer a los caballos. Pues a su entender el auriga no sólo es innecesario, sino que incluso es dañino. Es quien ocasiona

todos los accidentes. Si se dejara a los caballos librados a su voluntad, correrían mucho mejor. Rousseau deja al conductor en su lugar, pero le recomienda mantener las riendas en la mano sólo para que los caballos puedan tirar de él. Desde que impartió esta recomendación, vemos caballos blancos y caballos negros dando vueltas por el mundo. Los conductores arrastrados por estos caballos rugen de placer o de dolor, disfrutan o sufren terminar destrozados... En suma, la teoría de Rousseau no es más que el retiro de la razón del sitio del conductor.<sup>26</sup>

Así pensaba Rousseau. Estaba firmemente convencido de que los caballos son por naturaleza tranquilos y dóciles. Como el auriga no los entiende y los menosprecia, actúa a veces contra su voluntad, poniéndolos furiosos. Todos, y en especial la juventud, aprobaban en este aspecto las ideas y los sentimientos de Rousseau. En el siglo XVIII la razón había abusado de su influencia, había olvidado sus caballos, había adoptado una expresión seca y fría y perdido el contacto con los hechos humanos. Por eso los caballos por fin se estaban vengando, asumían el control del carro y se buscaban un auriga a su gusto.

El estilo de Rousseau, en consonancia con sus ideas, duplicaba su efecto sobre los ánimos. Los lectores de mediados del siglo XVIII estaban acostumbrados al estilo elegante, agudo y algo seco de Voltaire y Montesquieu, y hacía sesenta años que no escuchaban la voz de un gran poeta. La retórica ardiente y apasionada de Rousseau, la perspicacia y honestidad de sus ideas, su voz que hablaba a todos los corazones los puso de inmediato de

---

<sup>26</sup> No ha sido posible identificar la fuente de Auerbach. [Nota del editor]

su lado. Durante treinta o cuarenta años toda la juventud francesa y una gran parte de Europa vivieron con los sentimientos y las lágrimas de Rousseau. Respiraron la atmósfera de Rousseau.

Recordemos que las ideas de Rousseau, si bien se oponían a las de su época, a la vez también las continuaban y desarrollaban. Como todos los otros filósofos, Rousseau combatía las tradiciones, los dogmas, la superstición religiosa y las viejas convenciones sociales. Pero al mismo tiempo atacaba la razón invocada por aquellos, y quería sustituirla por sentimientos entusiastas. Sin embargo, en la persecución de su propósito Rousseau no desistió de emplear la razón. En sus textos no faltan el método y la lógica. Sólo que ese método y esa lógica trabajaban por cuenta de la dinámica emocional. Rousseau no despidió al auriga, lo hizo esclavo de los caballos.

Pasemos revista ahora a sus reformas. Primero, el problema de la educación... Rousseau comunicó sus ideas al respecto en *Emilio*, una obra pedagógica. Para que pueda desarrollar en su alma al hombre natural, Emilio es criado en completa soledad y lejos de la ciudad. Ante todo se le da importancia al desarrollo de su fuerza física y de sus instintos. Emilio aprende por sí mismo todo lo que necesita para vivir, sin libros y sin teoría, por sus necesidades y experiencias. No se le inculca ninguna idea con violencia. Todos sus conocimientos y sus convicciones debían ser generados por su vida en la naturaleza; y la tarea de su educador se limitaba a preparar las situaciones exteriores que despertarían pensamientos útiles en el niño. Era, sin duda, un programa muy utópico. ¿Cómo se puede educar a un niño lejos de la realidad social, sin libros, sin tradiciones y, en especial, sin amigos? Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII y en el siglo XIX *Emilio* fue el evangelio de los pedagogos. Hasta hoy el ideal de las reformas pedagógicas es que la educación tenga lugar desde sí misma

y que el niño adquiriera todos los conocimientos por experiencia personal y [no] que los reciba listos desde afuera.

El Libro cuarto<sup>27</sup> de *Emilio* contiene el célebre tratamiento de la educación religiosa, conocido como “La profesión de fe del vicario saboyardo”. Esta enseñanza presenta a Dios como un ser que está por encima de todos los dogmas, que no puede ser alcanzado con la razón, pero penetra en todo corazón sensible y vive en el alma humana. Nos dice que el alma es inmaterial e inmortal. Vincula la moral a la voluntad del individuo, a la libre voluntad, y ve la conciencia moral como la sede de la virtud. Esta teoría contradecía tanto a los filósofos de la época, que eran todos en mayor o menor medida sensualistas y materialistas, como a los sistemas dogmáticos de la Iglesia cristiana. Ahora bien, es probable que un observador imparcial e inteligente considere que estas ideas son una continuación, incluso una consecuencia necesaria del calvinismo ginebrino, que había dejado profundas huellas en el alma de Rousseau; porque era muy natural que la conciencia moral individual, que el protestantismo esgrimó en su rebelión contra los dogmas católicos, llevara tarde o temprano a una fe enteramente individual, interior, y a una religión que sólo escuchara la voz del corazón y fuera hostil a todo tipo de Iglesia. Pero el protestantismo, que al conservar la fe en el evangelio y el misterio de la redención se había quedado a medio camino, no estaba dispuesto a seguir a Rousseau. En consecuencia, la nueva noción de religión presentada por *Emilio* fue atacada desde todos los flancos. Las Iglesias acusaron a Rousseau de incrédulo, los filósofos de fantasioso. De todos modos, esos ataques y ese acoso no pudieron impedir que sus

<sup>27</sup> En el original “altıncı cildi” (“en el Libro sexto”). [N. de la T. al alemán]

ideas se difundieran velozmente. La religión basada en lo que sentía el alma se convirtió en la religión de la nueva generación, de todos los corazones jóvenes y entusiastas. Esta religión influyó sobre el movimiento romántico de comienzos del siglo XIX. Y si no me equivoco, es la misma religión que hoy en día es el punto de partida de las ideas religiosas del pueblo.

No me detendré demasiado en *La nueva Eloísa*. Este libro es la novela amorosa más intensa y apasionada del siglo XVIII francés. Además, tiene el carácter de un experimento con la noción de moral basada en los sentimientos. El amor natural, inocente de dos almas jóvenes, puras, se encuentra con la resistencia de una sociedad corrompida. Por causa de este conflicto la virtud es primero vencida, pero luego doblega al amor ligándose a los deberes que la sociedad impone a las personas. Julia, la heroína de la novela, se casa con un hombre al que no ama pero respeta, funda una familia, opone resistencia a su viejo amor que vuelve a encenderse, y a pesar de someterse a la sociedad consume el dominio de la naturaleza pura, inocente. A su muerte, confía su familia a su amado; esta familia, que lleva una vida campestre, representa la forma primera, pura de la sociedad, y persigue el propósito de llevar a los seres humanos a su inocencia y dicha primitivas.

Tocaremos ahora el costado más exitoso y revolucionario de Rousseau, su rostro político. Rousseau hizo espacio para sus ideas políticas en casi todas sus obras. Pero las encontramos compactadas en el *Contrato social*. Esta obra es la piedra fundamental de la Revolución Francesa y del sistema democrático moderno, pero también ha dejado huellas en las organizaciones antidemocráticas del presente. También en sus razonamientos políticos Rousseau dejó de lado reflexiones y consideraciones históricas de los teóricos del derecho y tomó

como punto de partida los hechos inmutables de la naturaleza y del corazón humano. El ser humano nace libre, y todos los seres humanos nacen iguales. La libertad y la igualdad son sus derechos naturales, inalienables. Cuando las personas que viven cada una por su lado se reúnen en una sociedad, celebran un contrato por propia voluntad: la vida y la propiedad de cada uno de los individuos que suscriben ese contrato quedan bajo la protección de un poder común. Pero el individuo que se une con los otros sigue siendo dueño de su propia voluntad y tan libre como antes. ¿Cómo puede erigirse un orden de estas características? La respuesta de Rousseau es la siguiente: el individuo transfiere todos sus derechos a la sociedad. La voluntad del individuo se fusiona así con la voluntad general. La libertad y la igualdad se convierten en metas tanto de cada individuo como de la sociedad en su conjunto. Esto significa que el individuo renuncia primero incondicionalmente a todos sus derechos, para recuperarlos luego como miembro de una comunidad que reúne en sí todas las voluntades individuales. Esta doctrina es el fundamento del gobierno de la voluntad general, es decir, del pueblo o la nación. En consecuencia, el gobierno y en general todos los funcionarios son representantes del pueblo. El pueblo no cede su soberanía en ningún momento a ningún poder. Sólo puede confiar un poder ejecutivo a sus representantes. Es libre de recuperar ese poder, es decir, de formar otro gobierno, cuando quiera. Otra consecuencia de esta doctrina es que la voluntad personal del individuo, llamado ahora "ciudadano", pierde todos sus derechos si no se corresponde con la voluntad general. Si el individuo no se subordina voluntariamente a la voluntad general, será obligado a hacerlo a la fuerza, lo cual según Rousseau significa obligarlo a vivir en libertad.

Rousseau pensó desde el principio que la voluntad general puede ser engañada, que los partidos políticos que representan sólo a una parte del pueblo podrían dominar a todo el pueblo, y por eso exigió que no se permitieran partidos en el Estado y que cada ciudadano se manifestara en su propio nombre. Pero como eso es prácticamente imposible, sobre todo en las naciones de gran tamaño, esta doctrina, que aspiraba a instaurar el gobierno del pueblo, engendró con frecuencia los más terribles gobiernos de partidos. Las masas conformadas por pequeños grupos reunidos por azar en los grandes centros del país le han dado la posibilidad de representar la voluntad general a un líder fanático, por ejemplo a un Robespierre, y luego una gran mayoría de la población, imposibilitada de actuar, ha vivido oprimida y esclavizada [bajo] ese líder en nombre de la libertad. La teoría de Rousseau, en su confianza ilimitada en la naturaleza y en la voluntad del pueblo, ha servido así para justificar todo tipo de dictaduras populares. Por otro lado, numerosos partidarios idealistas de Rousseau, al ver las consecuencias fatales de las bellas ideas en las que habían creído, han abandonado sus esperanzas en la sociedad y se han convertido en individualistas solitarios, en enemigos de todas las organizaciones políticas. Pero a pesar de todo, a esta altura es imposible que vuelvan a desaparecer estas grandes ideas que promueven la libertad natural del ser humano, la igualdad de los individuos y la soberanía de la nación. Si estas ideas se aplican conciliadas con una imagen del ser humano y un concepto de la naturaleza realistas, pueden ser la base de la mejor sociedad que estén en condiciones de fundar los seres humanos.

Hacia el final de su vida, Rousseau escribió su propia historia, las *Confesiones*. Con una honestidad sin par y un orgullo ilimitado le expuso al pueblo todos los pormenores de su vida,

todos sus recuerdos, fueran honorables o no. Este libro, que descubre con una franqueza cruel los costados más privados de todos aquellos que intentaron en vano ser sus amigos, es, a pesar de todas las confesiones que contiene, una gigantesca loa al corazón de Jean-Jacques Rousseau. En la primera página escribe Rousseau:

Que suene cuando quiera la trompeta del Juicio Final, yo acudiré con este libro en la mano a presentarme ante el soberano juez. Diré abiertamente: esto es lo que hice, esto lo que pensé, esto lo que he sido. [...] Me he mostrado cual fui; despreciable y vil cuando lo he sido, bueno, generoso y sublime cuando lo he sido: he desnudado mi alma tal como tú la viste. Ser eterno, reúne en torno mío la innumerable muchedumbre de mis semejantes; que escuchen mis confesiones, que giman con mis indignidades, que se avergüencen de mis miserias. Que cada uno de ellos descubra a su vez su corazón a los pies de tu trono con igual sinceridad; y luego, que uno solo te diga si se atreve: “*Yo fui mejor que ese hombre*”<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> Jean-Jacques Rousseau, *Las confesiones*, trad., prólogo y notas de Mauro Armiño, Madrid, Alianza, 1997, p. 27 s.

La traducción al alemán cita el pasaje por *Rousseaus Bekenntnisse*, trad. de Levin Schücking, Primera parte, Hildburghausen, Verlag des Bibliographischen Institutes, 1870. [N. de la T.]